



## • YA EMPEZAMOS •



EMILIO PRIETO DE LOS MOZOS

## Heterónimos

**M**E llamo Daniel. Me llamo Raúl, me llamo Irene, y Marina, y María José, y Sandra, y Aitor, y Silvia, y Eliska, y Xiaoyu, y Laura, y José, y Andrea, y Elena. Nací en Zaragoza, en Huesca, en Venezuela, en Sevilla, en Pontevedra, en Vizcaya, en Suiza, en la República Checa, en China, en Salamanca, en Brasil, en Italia, en Ávila.

En abril presenté una solicitud para cursar un máster en la Universidad de Salamanca. La cosa no estaba muy fácil: para cubrir 40 plazas se habían enviado más de 400 peticiones. Recibí la respuesta pocas semanas después, en uno de esos días de junio en que la primavera se va deslizando hacia el verano: me habían admitido. Una comisión formada por profesores y alumnos había valorado favorablemente mi expediente, mi titulación y mi currículo. Yo estaba entre los 40. Bien.

Presenté y defendí ante un tribunal mi Trabajo Fin de Máster. Lo había depositado días antes en la Secretaría de la Facultad. No lo extravié; no desapareció en Secretaría. Esto es como lo de las cartas: las que se pierden suelen ser las que jamás se escribieron

Empezamos a mediados de septiembre. A toda máquina: las mañanas, destinadas a preparar trabajos, prácticas y presentaciones (y a estudiar). Las tardes, con clases hasta las 9 de la noche, dado que el máster era presencial, y lo presencial es aquello que implica la presencia de la persona concernida. Lo digo porque, al parecer, hay por ahí algún máster presencial que no exige presencias, ni siquiera imaginarias. En nuestro caso, escaquearse resultaba más peliagudo que morderse un codo. Y no solo porque circulaba en cada clase una hoja de firmas (legítimas): raro era el día en que no había que resolver junto con los demás estudiantes una cuestión práctica, o presentar un trabajo individual o en equipo, o desarrollar un tema, o discutir un asunto teórico, o participar en un taller dirigido por profesionales en el ámbito del máster.

A finales de junio, aprobadas todas las materias, presenté y defendí ante un tribunal (en sesión pública) mi Trabajo Fin de Máster: sangre, sudor y palabras. Lo había depositado días antes en la Secretaría de la Facultad. No lo extravié; no desapareció en Secretaría. Esto es como lo de las cartas: las que se pierden suelen ser las que jamás se escribieron.